

## **Vivir Como Hijos de Dios**

### **1 Juan 3:1–18**

Hoy exploraremos cómo son los hijos de Dios. Los niños naturalmente comparten muchos rasgos físicos con sus padres biológicos, mientras que otras similitudes se forman por el tiempo que pasan juntos. A propósito, o no, los padres transmiten muchas disposiciones a sus hijos -como preferencias alimentarias, puntos de vista políticos o hábitos de gasto- lo que hace que los niños reflejen a sus padres de muchas maneras. Los rasgos físicos pueden darse en familias biológicas, pero también podemos adquirir gestos y valores de las personas con quienes pasamos mucho tiempo. Espiritualmente hablando, cuando nos convertimos en hijos de Dios, sus atributos se vuelven parte de nosotros por medio de su Espíritu Santo que mora en nosotros. A medida que dedicamos tiempo a la Palabra de Dios, mostramos su carácter en nuestra respuesta a los desafíos, tentaciones, decepciones e incluso victorias. Más importante, el amor de Dios inspira la forma en que nos relacionamos unos con otros. Nuestro amor mutuo es evidencia de que somos hijos de Dios.

### **1 Juan 3:1–3, 7–18**

1. Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. 2. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. 3. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. 7. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. 8. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. 9. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. 10. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. 11. Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. 12. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas. 13. Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece. 14. Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. 15. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. 16. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. 17. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? 18. Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.

En 1 Juan 3, el apóstol revela claramente el amor del Padre y nos desafía a cuidarnos de las enseñanzas que nos hacen vivir de manera injusta. El Espíritu Santo que vive en nosotros nos permite hacerle frente a la tentación, vivir en la justicia de Cristo y mostrar nuestro amor a Dios amándonos unos a otros.

### **Parte 1 - El amor de Dios libera del poder de Satanás**

#### **Él nos llama Sus hijos 1 Juan 3:1–3**

Primera de Juan 3:1-3 proclama un mensaje que nos da seguridad. Juan amorosamente les recordó a sus lectores que eran hijos de Dios. Esta no era una esperanza lejana y distante; era su realidad actual. El apóstol quería que recordaran cuánto los amaba el Padre y anticiparan con esperanza algún día ver a Jesús tal como Él es. Si bien aún no se ha revelado cómo seremos cuando aparezca Jesús, sabemos que seremos como Él. Esta bendita seguridad de quiénes somos y la esperanza de quiénes llegaremos a ser debería motivarnos a mantenernos puros. Jesús advirtió a sus seguidores que si el mundo lo había aborrecido a Él, también aborrecería a sus seguidores (Juan 15:18,19). Juan agregó: «El mundo no nos conoce (que somos hijos de Dios), porque no le conoció a él» (1 Juan 3:1). Más tarde, en el versículo 13, lo expresó aún más claramente cuando nos desafió a no sorprendernos cuando el mundo nos aborrezca. Esto debería animarnos a no buscar nuestra aceptación de la gente del mundo, porque pertenecemos a Dios. Como hijos suyos, podemos encontrar nuestra seguridad, identidad y aceptación en nuestra relación con Él. Dios nos ama profundamente, y está a favor nuestro. Cuando creemos en Jesús y lo reconocemos como nuestro Señor, comenzamos el proceso de asemejarnos a Él. Nuestra vida reflejará el carácter de Jesús a medida que lo conocemos más y más. El apóstol Pablo nos dice: «...que vuestro amor abunde...para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables...llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios» (Filipenses 1:9–11). Este proceso de crecimiento y transformación continuará hasta que veamos a Jesús cara a cara. Mientras vivamos en estos cuerpos mortales, enfrentaremos tentaciones y lidiaremos con las consecuencias del pecado. Pero en el momento en que pasemos de esta vida a la próxima, seremos transformados en su presencia. Ya no lucharemos con el pecado ni padeceremos los efectos del pecado, porque nuestro cuerpo terrenal se transformará en inmortal (1 Corintios 15:53–57).

#### **Si seguimos pecando 1 Juan 3:4–6**

Nadie ha vivido jamás una vida sin pecado, excepto Jesús. Por eso Él es el único que pudo pagar el precio por los pecados del mundo. Felizmente, cuando creemos en Jesús, nos arrepentimos de nuestros pecados y experimentamos su perdón, somos restaurados a una recta relación con Dios. Pero incluso como seguidores de Jesús, todavía pecamos ocasionalmente. Es importante entender la diferencia entre cometer un pecado y elegir continuar en el pecado. En el momento en que cometemos un pecado, debemos arrepentirnos porque pertenecemos a Cristo. Sin embargo, si deliberadamente continuamos pecando y no nos arrepentimos, nuestro comportamiento muestra que realmente no conocemos a Jesús. El escritor de Hebreos nos dice: «si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios»

(Hebreos 10:26,27). Jesús pagó el precio completo por nuestros pecados. Cuando Él nos perdona, tenemos la opción y la responsabilidad de vivir con rectitud. Hebreos 12 nos dice cómo alejarnos del pecado y vivir de la manera que Dios quiere para sus hijos: Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar (vv.1–3). Para mantener nuestros ojos en Jesús, debemos vivir en estrecha relación con Él, permitiendo que el Espíritu de Dios y su Palabra nos guíen hacia el tipo de vida delineada para nosotros como sus hijos.

## **Parte 2 - Los hijos de Dios muestran justicia**

### **Cristo es justo 1 Juan 3:7,8**

Juan quería que sus lectores entendieran claramente que el comportamiento continuo de las personas revela si pertenecen a Cristo o al diablo. Evidentemente, había falsos maestros que difundían la idea de que las personas podían continuar en el pecado y aún tener una relación correcta con Dios. Esto simplemente no es cierto. Si vivimos en Cristo, Él vive en nosotros y nuestra vida demuestra Su justicia. Desde la Caída en Génesis 3, los humanos han sido tentados a cuestionar la Palabra de Dios: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?» (v. 1). Una de las tácticas favoritas del enemigo es poner en duda la Palabra de Dios, torcerla y distorsionarla para que se ajuste a su agenda. Al igual que los lectores originales de 1 Juan, debemos estar alertas a cualquier enseñanza falsa que diga que podemos continuar viviendo en pecado y aún pertenecer a Cristo. Juan enfatizó una y otra vez que nuestro comportamiento importa. Si bien no podemos ganar nuestra salvación por nuestras obras —es por la fe que hemos sido salvos— nuestro comportamiento justo revela que el Espíritu de Dios mora en nosotros. Su gracia y su justicia es lo que nos da poder para vivir libres de la esclavitud del pecado. El apóstol Pablo habló de esto en Romanos 6:

¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia (vv. 16–18).

La justicia de Cristo nos hace libres del pecado y nos permite vivir una vida santa.

### **Nacidos en la familia de Dios 1 Juan 3:9,10**

Cuando reconocemos que Jesús es el Hijo de Dios y nos arrepentimos de nuestros pecados, nacemos de nuevo. Podemos estar seguros del perdón de Dios. Sin embargo, todavía tenemos áreas de debilidad y tentaciones específicas que vencer. Felizmente, el Espíritu Santo vive en nosotros y nos ayuda a resistir la tentación, haciéndonos victoriosos sobre el pecado. Aprendemos mucho acerca del «nuevo nacimiento» de la conversación de Jesús con Nicodemo (Juan 3:1–21). Nicodemo era un líder judío que fue testigo de los milagros de Jesús y, a diferencia de muchos otros fariseos, creyó que los milagros eran de Dios. Jesús le dijo: «El que no

naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios» (v. 3). Jesús ayudó a Nicodemo a comprender la diferencia entre el nacimiento físico y el nacimiento espiritual. En ese contexto, Jesús le dijo a Nicodemo (y a nosotros) que Dios amó al mundo de tal manera, que envió a su Hijo para que todo el que creyera en Él tuviera vida eterna. Jesús vino a darnos vida y envió al Espíritu Santo a morar en nosotros. El Espíritu Santo amorosamente nos convence de pecado, nos recuerda lo que dice la Palabra de Dios y nos guía a la justicia de Cristo. Dependemos de la ayuda del Espíritu Santo para vivir de una manera que complazca a Dios. Una vez más, Juan afirma claramente en 1 Juan 3:10: «Todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios». Aparentemente, había mucha controversia entre su audiencia original sobre los temas de vivir con rectitud y amar a los demás. El apóstol quería que los creyentes reconocieran verdaderamente quién era nacido en la familia de Dios.

### **Parte 3 - Los hijos de Dios se aman unos a otros**

#### **El amor prueba que hemos pasado de muerte a vida 1 Juan 3:11–15**

Las personas que eligen continuar en el pecado a menudo se sienten incómodas con las personas que viven en la justicia de Cristo. La luz en la vida de los creyentes expone la oscuridad de sus caminos pecaminosos. Su incomodidad puede manifestarse de diversas maneras: segregación, menosprecio, desdén, aversión o incluso odio. Juan cita un ejemplo de la familia de Adán y Eva. Su hijo Caín, de quien Juan dice que «era del maligno» (1 Juan 3:12), mató a su hermano, Abel, debido al comportamiento justo de Abel (Génesis 4:3–10). Juan luego menciona la advertencia de Jesús en Juan 15:18: «Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros». En 1 Juan 3:11–15, Juan contrasta la vida y la muerte, los hijos de Dios y los hijos del diablo, el amor y el odio. Él nos desafía con esta declaración: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos» (v. 14).

¿Cómo se hace evidente este conocimiento? Las Escrituras nos ayudan a entender claramente que los hijos de Dios deben caminar en la plenitud del Espíritu y reflejar la vida de Cristo. El apóstol Pablo proporcionó dos listas muy contrastantes en Gálatas 5: el fruto de la carne (pecado) y el fruto del Espíritu (justicia). Cualquiera puede decir que ama a Dios, pero el comportamiento de una persona es la verdadera prueba de fuego. Aquellos cuya vida muestra el fruto de la carne prueban que pertenecen al pecado:

Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. (Gálatas 5:19–21).

Después de darnos esta lista, Pablo describió cómo se vive cuando el Espíritu Santo dirige nuestra vida.

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu (Gálatas 5:22–25).

Estas dos listas describen formas opuestas de interactuar unos con otros: las obras de la carne fomentan el odio y la muerte, mientras que el fruto del Espíritu trae amor y vida. (Profundizaremos mucho más en el fruto del Espíritu en nuestra próxima unidad, comenzando con la lección 8).

### **Definición del amor 1 Juan 3:16–18**

Para entender la verdadera definición del amor, necesitamos mirar de cerca el ejemplo de Jesús. El mundo tiene muchos conceptos erróneos de qué es el amor. Algunos piensan que el amor es un sentimiento que se puede encender y apagar fácilmente. Otros aman condicionalmente en función de su opinión sobre el valor de alguien. Pero el amor genuino, como el de Cristo, es mucho más que algo que siente o algo que gana. Es una decisión de hacer sacrificios por otra persona y hacerle el bien, sin importar el costo—y el costo suele ser bastante alto. Este es el mandamiento de Jesús en Juan 15:12: «Que os améis unos a otros, como yo os he amado». Considere todas las formas en que Jesús mostró su amor por nosotros:

- Dejó el cielo voluntariamente y vino a la tierra como un niño indefenso.
- Valoró a las personas que se consideraban menos importantes en su cultura, incluidos los niños, las mujeres, los pecadores y los extranjeros.
- Sanó a los enfermos, alimentó a los hambrientos, calmó las tormentas, perdonó a los pecadores, resucitó a los muertos, abrazó a los marginados y tocó a los intocables.
- Soportó voluntariamente la inmerecida ignominia y entregó su vida para que pudiéramos recibir perdón de nuestros pecados.
- No nos dejó solos. En cambio, envió a su Espíritu Santo a morar en nosotros.

La forma en que Jesús nos ama es lo opuesto al amor autogratificante del mundo que nos rodea. ¡Él realmente quiere lo mejor para nosotros! Amar como Jesús significa que siempre actuamos en base a lo que sea mejor para quienes amamos. Es un amor abnegado.

### **¿Qué nos dice Dios?**

Convertirse en un hijo de Dios resulta en una vida transformada. Esta transformación se ve en nuestra decisión de vivir rectamente. Esto no significa que seamos perfectos; significa que reconocemos nuestro pecado y somos diligentes en arrepentirnos y modificar nuestra vida para reflejar mejor a Cristo. Esta justicia se ve en nuestro amor unos por otros. Y este amor siempre está enfocado en lo que es mejor para los demás.

### **Una Enseñanza para la Vida**

#### **El Ministerio en Acción**

- Lea 1 Corintios 13 e inserte su nombre en todos los lugares donde vea la palabra amor. Pregúntese si realmente está demostrando el amor de Cristo a quienes lo rodean.
- Piense en cómo puede ayudar a satisfacer las necesidades de un hermano en la fe. Luego tome las medidas necesarias para llevarlo a cabo.
- Cuénteles a alguien sobre el amor incondicional y sublime de Jesús.